



JORGE ÚBEDA

¡Que muera  
la Ilustración!

La Huerta Grande  
Ensayo

Jorge Úbeda

**¡QUE MUERA  
LA ILUSTRACIÓN!**



© De los textos: Jorge Úbeda  
© Del prólogo: Boris Kozlov

Madrid, mayo 2019

EDITA: La Huerta Grande Editorial  
Serrano, 6. 28001 Madrid  
[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición  
ISBN13: 978-84-17118-43  
D. L.: M-12532-2019

Diseño cubierta: Enrique García Puche para TresBien Comunicación  
Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra, 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/Printed in Spain

## PRÓLOGO

Conocí a Jorge Úbeda en un vuelo a Madrid. Yo volvía de mis vacaciones en Miami y él iba a casa por Navidad. Me llamó la atención el cofre de libros que había facturado. Le pregunté si se estaba mudando. Me explicó que tenía un descanso de dos semanas y a primeros de año volvería a su puesto en el destacamento local.

—¿Destacamento local de qué?

—De Filósofos sin Fronteras —me contestó.

Aparentemente, es una organización internacional muy bien financiada que cuenta con miles de expertos activos de todo el mundo y una enorme base de voluntarios de todas las edades. La organización ostenta el privilegio de ser la más rápida y dinámica fuerza de intervención filosófica, incluso por encima de los estados y de las organizaciones internacionales. En caso de emergencia, Filósofos sin Fronteras es capaz de desplegar un equipo de choque en menos de una semana en cualquier lugar del globo.

—Pero ¿qué clase de emergencia filosófica podría haber?

—Acudimos cuando aparecen ideas radicales, doctrinas de dominación, brotes de pensamiento simplificador, epidemias de materialismo agudo, esas cosas.

Yo estaba maravillado. Pedimos la cena y empezamos a charlar sobre el trabajo de Jorge. Cuando me quise dar cuenta, estábamos rodeados de gente. Varias azafatas y media docena de pasajeros formaban un círculo de conversación. Fue una velada fascinante: bebimos Malbec chileno, hablamos sobre la cuestión del mal, sobre los placeres y los excesos del amor libre, sobre la senectud y sobre proyectos de año nuevo. Fuera, la luz de luna dibujaba una película de seda sobre el horizonte Atlántico. Y ahí fue cuando Jorge nos habló de ¡Que muera la Ilustración!

Bajó la voz y dijo preocupado:

—La Ilustración está enferma.

—¿Te refieres a la Ilustración? —asentí.

—Pero ¿cómo? ¿Eres médico también? ¿Cómo lo sabes? —preguntó alguien.

—Es evidente.

Jorge señalaba el periódico. Vio que no entendíamos gran cosa y prosiguió pacientemente:

—El mundo está hecho de ideas. Lo que pensamos, lo que decimos y lo que hacemos proviene de ideas forjadas a lo largo de los siglos. Piénsalo: tu forma de entender la realidad, la raíz de las palabras que empleas y las que evitas, las razones para perseguir A o B, para preservar X o desechar Y, la estructura de

los relatos que lees y las películas que te emocionan, los sueños que te mueven y atemorizan, todo eso son ideas.

—¿Quieres decir que no hay nada nuevo bajo el sol, que no decidimos nada?

—Tranquilo. Hay novedades y hay libre albedrío, creo, pero el gran río de ideas en el que nos hallamos viene de atrás.

—¿Te refieres a la Biblia y eso?

—La Biblia es un gran compendio de grandes ideas, sin duda.

—Pero si nadie cree en Dios, nadie lee la Biblia.

—Da lo mismo que leas la Biblia, a Homero, a Rousseau, a Lutero, a Nietzsche o a Marx. Las ideas recogidas por ellos están en ti. Son el formato de nuestro mundo.

Un joven francés no lo veía claro:

—¿Y si te digo que soy microbiólogo que me interesa la ecología, que soy vegetariano, que juego al *Fortnite*, que sigo a Emily Ratajkowski en Instagram?

—Te diré que te define la idea del método científico de Descartes, la noción de biosfera de Vernadsky y Lovelock, el ascetismo pitagórico; el *Fortnite* es un pasatiempo como el ajedrez, pero con un giro postmoderno, y Ratajkowski..., ¿qué quieres que te diga?

Respiramos en silencio unos instantes.

—Y a la Ilustración, ¿qué le pasa? —pregunté.

—Está enferma de muerte o algo peor —contestó Jorge.

La guitarra calló y se cortó la risa.

—La gran idea que ha puesto en marcha el mundo en el que vivimos está podrida desde dentro. Esto es poca broma, señores. Llevo años estudiándolo y creo que es cáncer y que está extendido por todo su tejido. Fijaos. Hay ideas que enferman por obsolescencia, pero ese no es el caso de la Ilustración. ¡No! Todo lo contrario. En el nombre de la Ilustración se han hecho tantas y tantas cosas, tantas veces se le ha invocado *in extremis*, contorsionando su significado y estirando sus límites que, en algún punto, aún no sé cuál, se produjo una mutación. Era minúscula y despreciable, pero se fue extendiendo sin que nadie se diese cuenta. La miro ahora y lo que veo es un cuerpo multiforme, una histeria espectral, ubicua, seductora e implacable.

Una violenta turbulencia sacudió el avión y por la ventanilla vi un relámpago atravesando las nubes que de pronto nos rodeaban. Me pareció que la masa blanca era el cuerpo enfermo del que hablaba Jorge y en el destello vi una cara hinchada de dolor que reía a carcajadas. Ya no había avión y yo caía al vacío y entonces me desperté.

Todo aquello resultó ser un sueño, pero por suerte el libro *¡Que muera la Ilustración!* es real. Jorge Úbeda, a quien tengo la suerte de llamar amigo, lo ha escrito realmente y aquí lo tenemos.

Ahora, querido lector, léalo despacio. Disfrute, reflexione, subraye, *googlee*.

Quizás la cura de la Ilustración esté en sus manos.  
Madrid, marzo de 2019

Boris Kozlov

CARTA DESESPERADA A ASCLEPIO DE LOS  
AMIGOS DE LA ILUSTRACIÓN ENFERMA

Estimado Dr. Asclepio:

Acudimos a usted desesperados, pues ya hemos probado todo lo que estaba en nuestra mano para ayudar a que nuestra querida amiga, la Ilustración, se recupere de una enfermedad terrible que la aqueja desde hace mucho tiempo. Nuestra enferma está en una situación muy delicada, no vamos a decir que terminal, pero la vemos apurada, respirando con dificultad, incluso tiene momentos de ausencia, casi de pequeños delirios. Las viejas historias cuentan que usted, como hijo de Apolo, recibió de Atenea un regalo de graduación al finalizar su periodo de formación con Quirón, el centauro. El regalo consistía en dos redomas rellenas de sangre de la Gorgona: una de ellas contenía sangre que envenenaba fatalmente y, la otra, un remedio que hasta podía resucitar a los

muertos. Usted conoce mejor que nadie los secretos de los fármacos, que tan pronto pueden envenenar como curar: nuestra enferma necesita algo que la reanime y nos la devuelva a la vida. Confiamos en que no se nos muera antes de que llegue su respuesta para que el remedio no sea la sangre monstruosa que resucita a los muertos. Aquellos que lo conocen nos han dicho que no es fácil dar con usted desde que Zeus, enfadado porque el más allá estuviera despoblándose, lo fulminó con su rayo.

Se preguntará usted acerca de la historia y los síntomas de esta enfermedad. Todo empezó cuando sus amigos nos creímos a pies juntillas, como si fuera el catecismo, la historia postmoderna que llevábamos repitiendo más de cinco décadas: los ideales de la Ilustración, quintaesencia de la modernidad europea y definidos como libertad, igualdad y fraternidad, están heridos de muerte; ya nadie, en sus sanos cabales, los defiende, a no ser como mera retórica en las festividades civiles que no queda más remedio que celebrar. Nadie cree que tales ideales puedan volver a impulsar el compromiso con un mundo de progreso y emancipación basado en una racionalidad compartida. Esta historia, salida de labios postmodernos, no se detiene aquí, pues continúa diciendo que la Ilustración ha sido uno de los peores relatos que la humanidad moderna ha producido, un auténtico mito negativo y destructor que cuenta con millones de cadáveres y ceniza humana en su haber.

No tuvimos empacho en repetir la historia, día y noche, delante de nuestra amiga. Si usted fuera la

Ilustración, ¿no cree que estaría afectado? Pero es que el asunto no termina ahí, porque también nos tragamos el remedio: si no queríamos quedar atrapados por la hegemonía cruel del mito ilustrado debíamos debilitar la razón, conformarnos con pequeños relatos, extremar la crítica del sistema (casi siempre creado por alguna variación polimorfa y perversa de Ilustración) y deconstruir significados y sentidos desde los márgenes. Tales eran las posibilidades que nos quedaban a los que todavía aspirábamos a ejercitar la razón para comprender el mundo e intervenir en su mejora y progreso, sin volvernos locos y malos como buenos hijos de la Ilustración. Sin embargo, al entregarnos a ello nos dimos cuenta de que solo atraíamos una intensa y triste frustración racional.

No es fácil negar el triunfo de este relato postmoderno que ha sido acogido, al mismo tiempo, con júbilo o con resignación, en aquellos espacios en los que todavía creemos que se piensa con la intención de comprender el mundo para mejor vivir en él. Ahora vemos, no sin cierta vergüenza, que es imprescindible negar la verdad de este relato: la vida de la Ilustración es lo que está en juego. No podemos dar carpetazo, sin más, a la Ilustración por más que la crítica postmoderna nos haya señalado algunas razones que sugieren tamaño expediente.

Así como las personas podemos sanar gracias a la palabra, esto lo hemos aprendido de usted, también enfermamos por su culpa. Si de niños oímos decir de nosotros, a nuestros padres y hermanos, lo pesados que somos, acabamos por creer que lo somos. Doce

hombres sin piedad pueden decidir con su palabra que un hombre inocente sea condenado. Llevamos más de cien años repitiendo lo malvada que ha sido la Ilustración: ¿cómo no se va a sentir enferma de muerte después de tantos años de crítica, a veces sensata y medida, pero las más de las veces injusta y cruel?

Nietzsche odiaba a Apolo y Apolo era su padre, don Asclepio. Nietzsche fue de los primeros en tener fortuna al señalar cuán muerta estaba la cultura europea, que se pensaba tan viva desde su eclosión moderna y su triunfo ilustrado. Para Nietzsche todo había comenzado cualquier tarde en la que Sócrates, después de dedicar algunos versos a Apolo, se dedicaba a importunar con preguntas a todo aquel que se dejaba. Había comenzado mucho antes que la propia Ilustración y eso que Sócrates todavía no ha conocido una versión ilustrada que lo merezca. (Esperamos que recuerde a Sócrates, fue aquel que dijo en sus últimas palabras que ofrecieran un gallo en su honor). ¿Será verdad que Europa vive en la ilusión y la mentira, mecida por la dulzura del mar del optimismo en una razón que no acepta sus límites y que no deja lugar a los sueños, al delirio y a la genialidad? Europa está enferma, dice Nietzsche, pero no lo necesita a usted, ni a la Ilustración, sino a Dionisos. Danza, vino, fiesta, superación de los valores y los roles sociales son los remedios infalibles para que el ser humano se supere a sí mismo, no viva sujeto a ideales, por muy ilustrados que sean, y se abra al abismo de un mundo siempre nuevo, recreado, pleno de vitalidad. Un mundo de niños y para niños, un mundo sin adultos.

Apenas hay razones de las que da Nietzsche acerca de la enfermedad de la Ilustración que nos parezcan convincentes, pero no nos queda más remedio que aceptar que la Ilustración está enferma: usted nos dirá cuál será el mejor diagnóstico. Creemos que la postmodernidad ha enfermado a la Ilustración hasta llevarla a esta delicada situación que esperamos no sea definitiva. No creemos que Dionisos sea el dios que venga a salvarnos, todavía debemos tener alguna esperanza en usted.

No deje de respondernos en cuanto reciba esta carta: la angustia se ha plantado en nuestra casa y las lágrimas son el alimento de cada día. Socórranos, di-vino Asclepio.

Suyo afectísimo,  
Los amigos de la Ilustración